

Libros y boticas

Pedro LOZANO BARTOLOZZI*

Para mí ir a una librería supone un hecho bastante parecido a entrar en una farmacia. ¿Tienes un libro de humor? Digo a mi amigo el librero del mismo modo que pregunto a mi amiga la boticaria; ¿Tienes algo contra la tristeza de ánimo? No se extrañen ustedes por esto que cuento, al fin y al cabo librerías y farmacias están para remediar las almas y los cuerpos. Cuando nos duele la cabeza y tenemos una jaqueca pedimos una aspirina, pero si deseamos informarnos de los hoteles y recorridos turísticos del Algarve, solicitamos una guía de Portugal. Además, hasta en mobiliario y estructura se parecen ambos establecimientos. En los dos hay estanterías y gran surtido de objetos debidamente clasificados y dispuestos para ser encontrados con rapidez por el encargado. En unos anaqueles se cuadran cual uniformados regimientos napoleónicos las colecciones de libros organizados por materias, títulos, autores o editoriales. Lucen sus lomos colores variopintos, sus letras de identificación y sus códigos de barras. Con lo mismo nos topamos en las farmacias, aunque en lugar de gruesos volúmenes o libros de bolsillo, aquí hay cajitas de todos los tamaños y colores que también se ordenan de acuerdo con determinados criterios, eso sí, algo más misteriosos para mí que los libros. En unas repisas están los analgésicos, en otras los diuréticos o las cremas milagrosamente adelgazantes o los bálsamos que sueñan poder alcanzar las virtudes salutíferas del de Fierabrás. Del librero y del farmacéutico solemos acabar siendo amigos, me atrevería a añadir que ambos son nuestros confidentes más íntimos y a ellos referimos nuestras dudas y cavilaciones. ¿Qué me aconsejas para que duerma mejor? Verás, últimamente me desvelo y no hay forma de pegar ojo. Al librero no le vamos con tales encomiendas, lógicamente, pero la experiencia nos demuestra a casi todos que algunos tomos, bastante soporíferos, aunque sean obras de laureados autores, suelen resultar el mejor remedio contra el insomnio. Con el librero tendemos a charlar amigablemente, solicitamos sus consejos como buen experto, o le hacemos también sabedor de nuestras filias y fobias. No es muy distinta la relación que tenemos con los amigos de las farmacias, que por cierto suelen ser en la mayoría de los casos mujeres. Tal vez por esta razón tienen más paciencia y nos aguantan con la sonrisa puesta los males que contamos, especialmente los tipos que como yo somos hipocondríacos. En otra ocasión escribí que las boticas han sustituido a los confesionarios y que la gente se desahoga ahora en las farmacias. ¿No pasa lo mismo en las tiendas de libros? ¿No charlamos de todo lo divino y humano con el bueno de Javier, de Pepa, de Manolo o de como se llame nuestro sufrido proveedor de letra impresa? Veamos ahora el pare-

149

cido desde otra óptica. Tanto los libros como las medicinas son otras alquímicas. Sí, sí, de alquimias distintas, efectivamente, pero alquimias al fin y al cabo. Unos son fórmulas literarias, rebullir de letras, redomas de frases, retortas de pensamientos, damajuanas de sentimientos clavados en el alfiletero de las hojas de papel, otras recetas enigmáticas que imaginamos han sido preparadas en la poterna de algún castillo embrujado por nigromantes tocados con un cucurucho estrellado y con un búho en el hombro. En las farmacias hay productos compuestos por ingredientes tan extraños como celulosa microcristalina, besilato, amlodipino, fosfato cálcico dibásico anhidro, glicolato sódico y estearato magnésico, por citar palabras que acabo de copiar de un prospecto que tengo en mi poder. Pero no se extrañen ustedes demasiado, en el lenguaje que encierran los libros hay vocablos no menos raros e inteligibles. Basta con abrir un diccionario y seguro que encontramos muchas palabras cuyo significado no entendemos, bien sea por haber caído en desuso o por tratarse de términos muy especializados. No hace falta buscar jergas de oficios y beneficios antiguos, miremos voces poéticas, técnicas, jurídicas, económicas o simplemente taurinas o deportivas y seguro que algunas nos resultan tan misteriosas como el ácido desoxirribonucleico. Y es que en una librería se guardan tesoros de joyas deslumbrantes, de piezas de oro y plata como las que escondió el capitán Flint, de gemas y perlas dignas de las huríes de los cuentos orientales. Son cofres que no se ven a primera vista, que duermen dentro de los libros, criaturas silenciosas y discretas que están esperando las manos curiosas del lector que sepa encontrarlos. Cuando pensamos en bibliotecas, que vienen a ser los museos de la flora y la fauna libresca, los imaginamos como imponentes monumentos, como altivas catedrales o suntuosos palacios. En cambio las librerías nos son más cercanas, más próximas, más familiares. No hace falta pensar en los puestos de libros usados de la Cuesta de Moyano en Madrid o de la orilla del Sena en París. En todas las ciudades, especialmente en sus calles más olvidadas y recónditas hay siempre alguna tienda de lance, alguna librería de viejo donde buscar primeras ediciones o ejemplares ajados por el uso, mil veces acariciadas por ávidos lectores. Estos pequeños comercios tienen mucho en común con las boticas decimo-

150

imaginamos como imponentes monumentos, como altivas catedrales o suntuosos palacios. En cambio las librerías nos son más cercanas, más próximas, más familiares. No hace falta pensar en los puestos de libros usados de la Cuesta de Moyano en Madrid o de la orilla del Sena en París. En todas las ciudades, especialmente en sus

calles más olvidadas y recónditas hay siempre alguna tienda de lance, alguna librería de viejo donde buscar primeras ediciones o ejemplares ajados por el uso, mil veces acariciadas por ávidos lectores. Estos pequeños comercios tienen mucho en común con las boticas decimo-



El Bibliófilo
Tlf. 639 53 49 40

compra y venta de: toda clase de libros
cremos y álbumes
documentos antiguos
mapas antiguos
publicidad antigua
programas de cine
tarjetas postales
revistas, periódicos...

nónicas donde se reunían a charlar curas, bohemios y revolucionarios. Si los fantásticos alquimistas de las leyendas se afanaban en hallar la piedra filosofal, el oro más puro, los poetas también sueñan con dar con la palabra precisa, con el ritmo mágico que haga de un poema una flor inmortal. Pero volvamos a tomar el hilo de nuestra narración y entremos en la farmacia más cercana a contar nuestras aprensiones a la sufrida Maripi que nos dispensa unas píldoras inocuas y nos da algo mucho más valioso, su comprensión y su ánimo. Igual me pasa con Javier, que tras enseñarme la última novedad me regala una anécdota divertida o una cita de Horacio. Lo dicho, las librerías son como las farmacias. Por esto yo pediría un Servicio Libresco de Seguridad Social y unas recetas para poder comprar los libros que al fin y al cabo son medicinas para la buena salud de las gentes.